

Aeropuerto 1950

TEXTO: GUILLERMO FADANELLI

Considero señal de mala suerte que un japonés se sienta a mi lado durante un viaje en avión. Dos veces me ha sucedido en la vida y espero no repetir esa funesta experiencia. En consecuencia he tomado la decisión de no volver a subirme a un avión sin la compañía de alguien que me permita aislarme en el asiento junto a la ventanilla.

La primera vez que compartí asiento con un japonés evité todo contacto con él, aunque nuestras miradas se cruzaron en dos ocasiones. Los meses siguientes estuvieron marcados por la desgracia y por un número considerable de hechos desafortunados. Tiempo después, durante un viaje a París, otro joven japonés intentó conversar conmigo momentos antes de que comenzara la cena. Hablaba un castellano venturoso, pero ni aún así logró ahuyentar mi desconfianza. El calor de los vinos lo animó a contarme algo que me pareció una tontería: me dijo que en Japón había carne de muy buena calidad pese a que no existían pastizales suficientes para que las vacas pasearan. Con el fin de remediar esta ausencia de prados, los japoneses se dedicaban a dar masaje a sus vacas para mantenerlas en forma. El sólo imaginarme los establos convertidos en gimnasios vacunos me causó tan mala impresión que rechacé los platos que amablemente me ofrecía la aeromoza.

Los españoles se ríen cuando escuchan la palabra "aeromoza", no la acostumbran, ellos prefieren llamar a estas mujeres azafatas o sobrecargos, pero no aeromozas. Esta última palabra les sugiere algo parecido a *criada del aire*. Durante muchos años idealicé a las azafatas y me soñé rodeado de estas mujeres sonrientes, discretas, siempre dispuestas a brindarnos comodidad. Ahora hay demasiados hombres y mujeres gruñonas en las tripulaciones aéreas. Creo, sin temor a equivocarme, que el momento cumbre de la aviación comercial se dio en 1950 cuando las aeromozas de Pan Am

World Airways ofrecían a los pasajeros, además de café o pañuelos desechables, inhaladores de benzedrina (sustancia ahora prohibida) para hacer de su viaje una experiencia placentera. Qué buenos tiempos aquellos: ¡Que vuelva la benzedrina!

El anuncio de bombas en los aeropuertos europeos ha sido durante las décadas recientes un pasatiempo bastante popular. Hace un lustro cientos de pasajeros que esperábamos abordar nuestros aviones en una sección de la terminal Heathrow, en Londres, fuimos evacuados cinco veces por la policía. Las llamadas anónimas no dejaban de sonar amenazando con volar el aeropuerto. El rostro de los pasajeros no era de horror o estupor, sino de cansancio, ¿quién es capaz de hacer cinco simulacros de desalojo en un lapso de apenas dos horas y media? Después de la tercera alarma los ancianos no querían mover un solo pie. "Preferimos volar en pedazos que recorrer otra vez medio aeropuerto para ponernos a salvo", decían casi a gritos.

Mienten quienes encuentran diferencias en los aeropuertos: todos son la misma cosa. Si las maletas se pierden, si el servicio es más eficiente, si las salas de espera son más cómodas, si hay amenaza de bombas: son sólo minucias. A mí me preocupa que la nave sea conducida por un desconocido, que las aeromozas engorden o que se permita a los japoneses iniciar una conversación, estos sí representan problemas fundamentales. Todo lo demás puede resolverse si los inhaladores de benzedrina vuelven a circular libremente por los aviones. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Escritor, sus más recientes libros son *Educación a los topes* y *Plegarias de un inquilino*.